

ta y píamente». Y como no habíamos de encontrar palabras más dignas de nuestra consideración cristiana que éstas, las meditaremos estudiando: 1.º la parte negativa que expresan, esto es: que debemos renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos. 2.º que debemos vivir sobria, justa y piadosamente.

Madre de Jesús y Madre de la gracia, depositaria de la sangre divina y del fruto de ella haz que tengan sabor de cielo mis palabras, para que sientan repugnancia a las cosas de la tierra mis piadosos oyentes. Para obligarte te saludamos con el ángel.

Ave María

Thema ut supra

PARTE PRIMERA

Al aparecer Cristo entre los hombres les enseña la abnegación

1.—Haciéndoles renunciar a la impiedad.

EXCMO. Y RVDMO. SR.
AMADOS HERMANOS:

El apóstol hablaba a pueblos paganos.

Cuando el divino Verbo se hizo carne y apareció entre los hombres, el mundo era politeísta, no conocía, por lo tanto, al verdadero Dios, ni lo amaba, ni le daba el honor que le debía; el hombre era eminentemente impío con relación a nuestro Padre Dios y, por ende, las almas no gozaban la paz de los que conocen y aman al único Dios verdadero, Trino y Uno.

El cielo para la humanidad de hace veinte siglos no tenía más valor que el astronómico, y éste bien escaso y erróneo por cierto. Las relaciones entre el cielo y la tierra se acomodaban y regían por las terrenas leyes, y así el hombre no era otra cosa que un morador de la tierra y para la tierra y por lo mismo terreno: *Homo de terra terrenus*. Era preciso arrancar al mundo de la impiedad.

¿Qué hará el hombre flaco e ignorante sin una fuerza superior que lo levante e ilumine en la senda sobrenatural a que debe remontarse? Enervado, corrompido el cuerpo por deleites sensibles, se agravará el alma, se hará pesada y no podrá tener su conversación en el cielo y, chapoteando en el cieno de la propia miseria, nublará sus ojos y acabará por vivir en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Mas téngase en cuenta que, por desgracia de la humanidad e ignominia especial de los albores de nuestro siglo XX, esa debilidad y esa ceguera es consecuencia indefectible del principio ruinoso de vivir el hombre sin Dios. De aquí, mis amados hermanos, que, cuando aparece la benignidad del Salvador en los horizontes de la sociedad, si ha de ser Cristo la luz de las naciones, lo primero que debe desaparecer del ambiente es la impiedad, o lo que es lo mismo, como dice San Bernardo, «la incredulidad, por la cual ni creemos en Dios ni lo honramos».

Esta ley pesa hoy sobre nosotros, con más gravedad que hace veinte centurias sobre el mundo pagano, porque aquel mundo llegó al olvido de Dios por las flaquezas e ignorancias de la naturaleza corrompida, mientras que nosotros nos alejamos de Dios y naufragamos en los mares muertos de la divina ausencia, por la soberbia de nuestra inteligencia y por la perversa rebelión de nuestra voluntad prácticamente atea, que lucha contra Dios, y que arranca el divino reinado de las almas, haciéndolo desaparecer de las ciencias, de las artes, de las leyes y de las costumbres, para sustituirlo con el reinado del impío naturalismo de que hoy vive la sociedad, haciendo al hombre adorador vil de la materia a la que rinde el nefando homenaje de las malas pasiones.